



## El largo verano

**El castillo de Gripsholm, de Kurt Tucholsky (Acantilado) Traducción de Jorge Seca | por Óscar Brox**

A comienzos de 1930, Kurt Tucholsky decidió hacer las maletas y trasladar su residencia berlinesa a Suecia. El clima alemán, cada vez más opresivo, mostraba los primeros síntomas del futuro desastre. Con la economía por los suelos y la política de Weimar al límite de sus fuerzas, el partido de Hitler no dejó de avanzar en dirección al *reichstag* con violencia y determinación. Y Tucholsky, que como tantos otros no podía imaginar a un golpista condenado pilotando el destino de Alemania, intuyó en ese movimiento el declinar de un tiempo. Aquello que la quema masiva de libros, las deportaciones raciales y la ideología totalitaria plasmarían sin dejar margen para la revuelta. Para la sátira o la disidencia humanista.

*El castillo de Gripsholm*, publicada en 1931, es una novela escrita casi al borde del abismo, cuya historia resulta inseparable de los acontecimientos biográficos de su autor. Una obra de verano, ambientada en un tiempo de vacaciones en el que los sentimientos, siempre ligeros, dibujan el que tal vez fuese el último reducto de libertad para Tucholsky. Un castillo en Suecia, cerca de Mariefred, rodeado por bosques, lagos, una temperatura cálida y el pícaro y delicado amor de los jóvenes. Días de ocio, en los que el tiempo no tiene importancia; solo los chapuzones en el agua fresca, los paseos de una punta a la otra, las caricias y las visitas de amigos. Tucholsky describía en ese verano entre Peter/Kuert y Lydia/La princesa, los que quizá fueron sus postreros instantes de auténtica felicidad. Con esas impresiones tan vívidas y tiernas, de pura alegría, marcadas por el juego continuo con los dialectos alemanes y la fina sátira sobre las imposturas sociales.

Tucholsky inicia su novela como si se tratase de una reacción ante el encargo de un editor distraído que necesita material ligero para publicar; nada grave,

puro entretenimiento. O, según se mire, miedo ante las numerosas persecuciones que las bandas paramilitares de los nacionalsocialistas llevaban a cabo con total impunidad. Sin embargo, la distensión que impregna el relato de *El castillo de Gripsholm* es de todo menos inocente. Es cierto que en él prepondera la naturaleza erótica del verano, el desenfado de esa pareja que no cesa en su empeño por disfrutar de su vida hasta el último rayo del sol y ese hermoso sentimiento de vitalidad que embarga cada uno de sus breves episodios. Pero uno intuye bajo la escritura de Tucholsky una especie de inventario, de carta documental en la que se cifra una alegría de vivir próxima a su desaparición. En la que los días se estiran no solo por el placer de vivirlos, también por el miedo a perderlos definitivamente. Así, Tucholsky opone al relato de esas vacaciones la pequeña historia de un internado de niñas gobernado por una tirana. Caricaturizada hasta el extremo, la Sra. Adriani muestra, tal vez, la cara de ese fascismo arrollador larvado en las calles de Alemania. El despotismo, la sinrazón y, sobre todo, la obsesión por dominar cada ápice de las vidas de los demás; en este caso, de las niñas puestas bajo su tutela.

Las aventuras de Peter y Lydia, propias de una comedia bufa, les conducen a través de los recovecos del castillo, de una cena con otros turistas a las melopeas junto al amigo Karlchen, del capricho por un *menage à trois* con Billie, la amiga de Lydia, a un instinto de protección con la pequeña Ada. En esas pocas páginas, Tucholsky acumula tantas anécdotas que nos deja sin respiro, como si el lector fuese también partícipe de la jornada bien aprovechada. Bailamos, besamos y compartimos secretos al oído, deseos que es mejor no poner en práctica y sensaciones que pasan como efi-

meros momentos de gloria en ese minúsculo paraíso. Y, por así decirlo, la vida no sigue. Se detiene ahí, en los lindes de Suecia, mientras el verano aguanta y el sol se pone cada vez más tarde. Porque, de esto nos enteramos después, no parece existir otra vida. Otro lugar. Otra posibilidad. En definitiva, otro hogar. Gripsholm es el último. El ideal de felicidad. Los días alegres en los que la despreocupación es el mejor salvoconducto para evitar que el terror cale hasta las entrañas.

De escritura exquisita, pura orfebrería dialectal en la que se combina lo culto y lo coloquial, la estética, la ética y las actitudes sociales de un tiempo que caminaba hacia su dolorosa derrota, *El castillo de Gripsholm* es una pequeña maravilla. Un tratado de dulce hedonismo que su autor interpuso para hacer frente al enemigo. Un relato de amor y alegría, mañana clara en la que los nubarrones han escampado, que existe por y para la vida. Esa vida que sus protagonistas expresen sin pudor ni freno, con plena libertad, mientras el verano aguanta en el paisaje. Casi un sueño, el triunfo antes de la debacle, en el que Tucholsky quiso refugiarse. En un castillo que pudiese mantener cobijada su memoria, que en verdad era la de todos aquellos autores cuyas obras fueron quemadas en la plaza de la ópera de Berlín. A salvo de la barbarie. En un lugar en el que el verano, largo y cálido, durase para siempre.



## Una historia sencilla

**El contexto, de Leonardo Sciascia (Tusquets) Traducción de Carmen Artal | por Juan Jiménez García**

No sé qué escribir sobre Leonardo Sciascia. Debería ser sencillo escribir sobre un escritor que ha marcado toda tu vida como lector, en esta interminable juventud que empezó hace treinta años. Cuando pienso en un concepto tan extraño (pero cierto) como la alegría de leer (de nuevo Raymond Queneau), Sciascia se presenta ante mí como la respuesta espontánea, nada meditada. La respuesta cierta. Pienso en un libro, que me lleva hasta una película. Pienso en *El contexto* y, por tanto, en *Excelentísimos cadáveres*, de Francesco Rosi. Esa pareja que me lleva a otra pareja: Bohumil Hrabal y Jirí Menzel. Los motivos son los mismos, la felicidad compartida. Poco a poco, mi cabeza va dando saltos por los libros de Sciascia (y las películas de esos libros). Aquel último: *Una historia sencilla*. Toda una obra resumida en unas pocas páginas: nada hay sencillo, ni las cosas más simples. Y: nada se sabe. Y luego, siempre luego, un relato, *El mar color del vino*, con aquel niño impertinente pero revelador. Como el propio escritor. Como si fueran mastriokas, saco de mi cabeza aquella más pequeña. Una simple frase dicha en una conversación. Una frase que me repito a menudo: *sin esperanza no pueden plantarse olivos*. Y aún hay otra más y más pequeña. Un solo título: *Para una memoria futura*. Suficiente.

Estos días pasados leía a Cesare Pavese. Pensaba que Pavese es el punto de partida de una narrativa italiana de posguerra. Pensaba también en Leonardo Sciascia, tan lejano. Tan lejano como Turín de Palermo. Tan lejano como el norte de Italia del sur, del extremo sur, de Sicilia. El escritor siciliano no fue el punto de partida de nadie, sino más bien el de llegada de otros. Venía de Pirandello, de Brancati, incluso de Savinio. Poco a poco su obra construye un territorio personal que no se desvincula de nada. No solo no renuncia a sus autores sino que vuelve una y otra vez, explícitamente, sobre ellos. En sus obras surge Sicilia como algo natural. Y como algo natural surge la Mafia. Tras la Mafia la política (siendo, a menudo,

una sola cosa, un caso italiano). Tras la política la historia, los sucesos, como él decía, de historia literaria y civil. Con Sciascia uno podía o no estar de acuerdo (ay, su opinión sobre Louis-Ferdinand Céline en *Negro sobre negro*, páginas de un diario), pero siempre existía ese compromiso, esa necesidad de trabajar para intentar encontrar esa memoria, una memoria que entregar a aquellos que vendrán en un futuro y para los que resultaremos incomprensibles en tantas cosas.

*El contexto* aparece en 1971, subtítulo *Una parodia*. Es importante, precisamente, colocar el libro en su contexto. Estamos en los años de plomo. Tras el sesenta y ocho y a raíz de sucesos como el atentado de Piazza Fontana, el país se sumerge en una espiral, a menudo incomprensible, de atentados, secuestros y muertes, tanto de grupos de extrema izquierda como las Brigadas Rojas o Lucha continua, como de grupos de extrema derecha, a menudo confundidos, intencionadamente confundidos, por turbios intereses políticos, en los que entran los servicios secretos, la masonería e incluso bandas criminales o la propia mafia. Estamos en un país imaginado que podría llamarse Italia. El fiscal Varga acaba de ser asesinado. Está metido en un proceso, pero ese, tras unas primeras sospechas, no parece ser el motivo. El inspector Rogas se ocupará de la investigación. Tras la muerte del fiscal, se sucede la de jueces y abogados, sin una aparente conexión, más allá del interés que surge por atribuírselas a grupos y grupúsculos de la extrema izquierda, que ni son extremos ni son de izquierdas, pero sin duda útiles a todos en su propia inutilidad. Como suele ocurrir en el escritor siciliano, la parodia se confunde demasiado con la realidad plúmbea de todos los días. Esa anomalía italiana que es la nueva normalidad. Como en una comedia italiana de los tiempos de Mario Monicelli o Dino Risi, uno se ríe hasta que

deja de reírse. Acaba el libro, lo cerramos, y ahora, aun cincuenta años después, las dudas quedan ahí, con nosotros. El propio Sciascia confesó que lo que comenzó como un divertimento acabó no siendo, y el libro terminó en un cajón durante un par de años. Las dudas que nos provoca son las certezas de ahora. En las conversaciones que va manteniendo el inspector Rogas, en los personajes que va encontrando, aparece una Italia que indignó en su momento y que ahora sin embargo es un retrato exacto de lo que hubo. En nuestro tiempo, también nos reímos mucho de tantos protagonistas, cuando verdaderamente lo que deberíamos es sentir miedo o, cuanto menos, congoja. *El contexto*, como buena parte de la obra de Sciascia, no es pues un libro sobre un instante, un momento de la historia de los otros, sino un libro sobre nuestro propio presente. Las mismas preguntas, las mismas dudas, los mismos temores. Sí. Leer a Leonardo Sciascia es un acto de felicidad. Su escritura se escapa entre nuestros dedos, como arena. Podríamos leerle una y mil veces. Este libro, aquel otro, cualquier otro. Que su último libro fuera *Una historia sencilla* fue una última broma, porque nunca hubo una historia sencilla y aquella tampoco lo era.

## La vida como un cuento

**Vida secreta de Cristina Campo, de Cristina De Stefano (Trotta) Traducción de Laura Muñoz Villacañas | por Francisca Pageo**

Con *Vida secreta de Cristina Campo* tenemos por primera vez en España la biografía de una de las traductoras, escritoras y pensadoras italianas más importantes del S.XX. Cristina Campo no es muy conocida en España, quizá por esa tardía traducción de sus obras, que nos está llegando ahora, como su ensayo *Los imperdonables*, editado en Si-ruela este mismo año 2020.

Reseñar una biografía es quizás el trabajo más difícil: ¿Cómo hablar de un libro en sí mismo sin hablar de la vida del autora? Como Cristina Campo aconseja, leo primero el libro, recopilo las citas que me llaman la atención y lo dejo reposar. El texto vendrá más tarde, como dice la autora: «como una enredadera entre las rocas». Lo cierto es que la escritora Cristina De Stefano ha sabido traernos la vida de Cristina Campo, a quien también deberíamos conocer por Vitorria Guerrini, su nombre real, por el que fue bautizada, de una manera bastante preciosa sin escapar de lo real; también, de forma sincera y completa. Conoceremos a Campo a través de sus cartas, de sus palabras, pues son el referente primigenio al que De Stefano acude, más allá de una investigación a través de otras personas.

La vida de Cristina Campo fue una vida difícil, más que por su vocación o sus inclinaciones literarias o sus relaciones amorosas, por su salud, pues nacía con una enfermedad congénita del corazón que la mantendría en cama por largas temporadas a lo largo de su vida. No tuvo una vida larga, más bien al revés, y acabó con una muerte desgraciada, pero eso no indica que no tuviera para sí lo que ella esperaba de la vida. Campo no fue al colegio, pero eso no fue una indisposición, aprendería mucho en casa y, más tarde, se las ingenió de tal manera que empezó a traducir bien pronto a autores franceses, como a su admirada hermana espiritual Simone Weil. Gracias a Simone Weil, a la autora se le abriría el camino espiritual. Un camino que seguir desde su corazón y su voluntad. Campo leería a Weil cada noche como si fuera un ritual, un sacramento, un acto de oración y de elevación hacia Dios. De hecho, Campo sería la primera en introducir a Weil en la lengua italiana. La autora tenía buenos contactos, ya que sus padres pertenecían a un mundo más burgués que obrero, y eso la ayudó bastante a la hora de abrirse camino en la literatura. Se enamoraría de Mario Luzi, con quien más tarde se casaría y se divorciaría tiempo después. Luzi era un hombre de mundo; interesado en las tradiciones orientales y primitivas.

Para Cristina Campo la literatura era la vida en el más alto grado de intensidad y transparencia; aunque habían muchísimas cosas que la entusiasaban, como los paisajes, la pintura o las personas. Todo eran faros para ella; aunque su vida se realizase expresamente a través de la literatura. Vivía por y para ella, siempre que su salud se lo permitía. Entabló amistad con William Carlos Williams, admiraría a Djuna Barnes, se interesaría por el psicoanálisis (al que se sometió por varios años) y concedería gran parte de su tiempo a hablar con cardenales y obispos del Vaticano.

Supongo que he de dar gracias a Cristina De Stefano por hablarnos de la vida de Cristina Campo como si fuera alguien muy cercano para ella. Son así las biografías que me gustan, las cercanas, las que nos transmiten las palabras del autor que queremos conocer sin tener que acudir a alguien externo, sino recurriendo a la fuente verdadera. Sin duda es una biografía del alma, de lo puro, de la vocación más íntima, más sincera.

## Lectura joven

**Novísimos. Poemas inéditos, de Juana Bignozzi (Adriana Hidalgo Editora) | por Oscar Brox**

Este año raro se inició con un viaje a Holanda para, unos pocos meses después, perderse en la extrañeza del confinamiento y la promesa de una nueva normalidad. Allí en Rotterdam, en el frío de un microclima en el que por momentos llueve, nieva y hace sol (un sol helado, claro), conocí la poesía de Juana Bignozzi. Un primer contacto, cinematográfico, a través de la mirada de Mercedes Halfon y Laura Citarella, las directoras de ese documental que era una película que era una reflexión sobre la posibilidad de filmar la poesía. Y ahí estaba Bignozzi, en la voz de su círculo íntimo y en los fragmentos de ese último hogar reducido a textos, trastos y objetos tras la muerte de la poeta. Allí, también, la voz brava y la vitalidad de una autora que estuvo a ambos lados del Atlántico, repartida entre España y la Argentina a la que regresó tardíamente. Y vuelvo otra vez a la voz porque, de alguna manera, supone como un pasadizo secreto para acceder a la poesía. Uno escucha cómo tiemblan las palabras, cómo gravitan alrededor de unas imágenes y unos lugares, ya sean los de Andrea Del Sarto o los de la calle Corrientes, en Buenos Aires. Cómo se enroscan en unas cuantas ideas o cómo batallan por exigir una juventud para unos versos que no pasan de moda, que son siempre un aquí y un ahora.

Dice Mercedes Halfon, encargada de cuidar la edición de estos *Novísimos*, que la poesía de Bignozzi rara vez tiene un punto final; al contrario, pues es la demostración de esa rara vitalidad que, aun en un momento delicado de salud, la llevaba a seguir escribiendo en lugar de abordar la tarea de completar su obra. Es, a su manera, una última vindicación de la palabra antes de la muerte. Antes del final. Y uno encuentra en sus versos un ir y venir de reflexiones entre el pasado y el presente, en las que la poeta no solo remueve el lugar en el que la ha colocado su obra, sino que también se pregunta hasta cuándo (y cómo) puede su obra seguir inspirando una lectura joven. *Después de todo/tal vez solo fui eso/una mujer que solo tomó en serio su compromiso con unas ideas/un hombre y las palabras*. Una voz lúcida que no deja de dibujar, de buscar y de perseguir, su lugar en esa zona oscura (algo parecido a la añoranza, algo semejante al peso del tiempo) en la que se encuentra.

Hablamos de bravura, y *Novísimos* se desempeña en ese objetivo de contraponer la representación de la vejez (esa continua remembranza del pasado) con la verdad de la juventud. *Hay que darle la palabra/a los que nunca complacen/y a veces ni acompañan/pero nunca traicionan*. Hablamos de una encrucijada,

cuando tantos años de escritura parecen limitar a la autora a ese cómodo ejercicio de “hacer historia”, como si ya no se pudiese volver a hablar de lo que se amó o atrapar esa felicidad con unas palabras nuevas. Y hablamos de la nada complaciente posición de Bignozzi, que lejos de dejar que la melancolía resbale por sus versos elige pelear con la memoria (y con el lugar que esta le ha concedido a su poesía) para revitalizarse. Como la promesa de una actualización. *Hay que volver a escribir/sacudamos la cabeza/como quien cambia el color y el corte de pelo/seguir escribiendo/sin volver a un lugar en el que ya no estamos*.

En *El viento comenzó a mecer la hierba*, Emily Dickinson escribe: *nosotros somos los pájaros que se quedan*. Y lo cierto es que uno no sabe bien si se refiere a las personas, cuando pugnan cuerpo a cuerpo con el recuerdo, o a los poetas, cuando lo hacen con la palabra misma. Leyendo a Bignozzi, a esas viñetas que de tanto en tanto colorean con detalles la memoria de sus versos, me viene a la mente lo que escribía Dickinson. Pero, también, ese conflicto abierto con los poetas jóvenes que revitalizan su trabajo, que le enseñan una lectura alternativa (¿o acaso es ella quien se la muestra?). *Quiere sentirse viva/y va a la academia/y no puede decirles que la poesía solo ayuda a vivir a los que no son poetas*. Y eso que todos estos *Novísimos* están contagiados del vivir de Juana Bignozzi, de su infancia y de su errancia, del tiempo en el que perteneció al grupo poético *El pan duro*, junto a Juan Gelman y otros, o del tiempo junto a Hugo Mariani, del tiempo de la juventud o de ese otro tiempo, de la resistencia, que tensa sus versos ante la obligación de ponerles punto y final. *Escribo siempre o nunca o todos los días/para estar aunque sea al lado de los que considero eternos*.

Resulta curioso cómo la poesía de Bignozzi se presenta casi transparente, pero al mismo tiempo pudorosa. Sin temor a dejar algunas cosas en sombra, sin necesidad de subrayar lo que las palabras ya dicen en la página. Lo suficientemente cercana como para no requerir de metáforas y lo necesariamente madura como para invocar imágenes de un pasado que no sabe cómo ser eterno. Supongo que ahí se encuentra esa rotundidad, esa forma de decir, de querer o anhelar, de lamentar y de encender unos versos que siempre suenan a algo más. Nunca a un final o una reconsideración, porque siempre vendrá otra voz para proporcionarles una nueva lectura. Joven. De ahora. Combativa. Inquisitiva. Vital. *Siempre añoramos o inventamos la vuelta al hogar/porque siempre veíamos que era el lugar de la vida inquieta*.

## El detalle de las cosas

**Pajarito, de Claudia Ulloa Donoso (Pepitas de Calabaza) | por Francisca Pageo**

Claudia Ulloa Donoso es una de las nuevas voces más destacadas de la literatura latinoamericana, aunque en España sólo la hayamos conocido por esta reciente publicación de Pepitas de Calabaza. Pajarito no sólo es la historia de un pájaro, como se indica en el primer cuento, sino también la de otras muchas. Historias sobre la vida, sobre sus vivencias, sus obsesiones y los lugares habitables.

Con *Pajarito* estamos ante un libro de relatos, de pequeños cuentos que se entretienen entre sí. Hay pequeños hilos conductores que unen los relatos reuniéndolos con diferentes temas que nos darán una pista sobre lo que cada historia nos relata. Ulloa Donoso no nos los explica, sino que deja que nuestra imaginación sea la que quiera poseer todo lo que en cada relato podemos ver o apenas entrever. Pareciera que Claudia habita la palabra desde el primer momento en que se origina, pues ellas se ven aquí sin ningún filtro. No se ve una reflexión al leer estos cuentos, sino que más bien son un esbozo sobre (y de) la realidad. Una realidad que tenemos aquí y ahora, y que aun así se torna atemporal. Estas historias tratan de Claudia, pero también de ti y de mí. No hay huecos ni un personaje vacío en el libro, todo tiene su lugar y su razón porque así lo ha hecho la vida. Pareciera como si estas historias pertenecieran a esas conversaciones entre conocidos en los que dejamos que la otra persona nos conozca. Eso es lo que hace Claudia, para que la conozcamos a ella y también para que conozcamos

el mundo. Cada historia es un tema sobre nosotros, sobre la vida, sobre aquello que pasa desapercibido y nos hace querer brindar por la belleza de las cosas. Los diferentes temas, como lo será *Aquí y allí*, recogen los pequeños testimonios sobre la vida de la autora en Lima, en el Círculo Polar Ártico y en España. Cada lugar, uno en cada punta del mundo, nos da una manera de vivir la vida y de tratarla. Me pregunto si el alma de Claudia tiene algo de nómada, porque en estos textos pareciera que cada lugar en el que ha habitado y vivido es su lugar, pues saca de cada uno la belleza y esencia del espacio en el que está. Como habitante de Valencia me identifico no estrictamente, pero sí esencialmente, con la estancia que tiene la autora en ella. Claudia Ulloa Donoso narra la vida, y cómo lo hace. Lo hace de manera tranquila, con cautela, contando cada palabra y uniendo una con otra como si te estuviera contando de tú a tú sus vivencias, su modo de vivir las cosas y su modo de verlas. «De mi madre también tengo los ojos, no la forma, pero sí la capacidad de ver el detalle más pequeño de

## Perdonen la tristeza

**Aquí yacen (dramatis personae), de Eusebio Calonge (Pepitas, Hiru) | por Juan Jiménez García**

Vértigo. Escribir sobre un libro que recoge, de alguna manera, tantos años de La Zaranda produce eso, vértigo. Tardé mucho en encontrarme con ellos. Hace unos años, llegó a este apartado rincón del mundo *Ahora todo es noche*. A partir de ahí, empecé una búsqueda a través de esos años que había perdido sin conocerlos. Gracias al denostado teatro grabado (olvidamos que el teatro es un arte presencial, pero también un arte efímero; los males menores existen e incluso son necesarios) pude encontrarme con buena parte de su obra. Gracias al teatro escrito, puede recuperar otros restos de ese inventario. Con Eusebio Calonge y sus libros no de teoría del teatro sino de práctica y sentimiento de la existencia y ausencia teatral, completar un universo, un retrato de familia. Y así como *Ahora todo es noche* era el inventario de tantos años del grupo, *Aquí yacen* es el inventario personal del dramaturgo. Como un titiritero que va sacando sus marionetas de un baúl y, con ellas, sus vidas, de nuevo expuestas ya no a la luz, sino a la penumbra.

No puedo sentir nostalgia por esos personajes porque están aún presentes. Ese encuentro tardío no ha dado el espacio, la distancia necesaria para que esta se produzca. Los hermanos Zarandinni no son aquellos que recorrieron los caminos hace ya catorce años, sino esos con los que me he vuelto a reencontrar, por tercera o cuarta vez, no hace ni tan siquiera demasiado, y cuyas palabras aún soy capaz de recordar, yo, que nunca tuve memoria. Visitar el cementerio de ilustres desgraciados de las obras de La Zaranda, es una oportunidad de encontrarlos a todos juntos, que no de reencontrarlos. Algunas de sus palabras, de sus ecos, aún están en mi cabeza en sus términos exactos. Podría decir que siguen teniendo un cuerpo y una voz, que no son solo palabras. Que en ellos puedo escuchar el latido de sus corazones cansados o agotados, pero en revolución. Siempre pensé en el misterio en sus obras. Los personajes creados por Eusebio Calonge están ahí. Hablan, repiten como ecos de otro mundo. También de otros mundos teatrales, como el gusto por la palabra de Samuel Beckett o el gusto por la pintura y los objetos de Tadeusz Kantor. Esas palabras van construyendo diálogos que echan de menos lo que intuimos que nunca tuvieron. No sienten melancolía por el pasado, porque su presente se confunde con ese pasado y con el futuro. Están en un permanente estado de despedida, de adioses. No hay crepúsculos y su largo viaje hacia la noche no parte de la luminosidad de ningún día, sino del claroscuro. Decía: hablan, pastorean las palabras. Pensé en el misterio de sus obras. Ellos están ahí y nosotros

estamos ahí. Y entonces, un instante. Un fragmento. Una sucesión de instantes. De nuevo esa palabra, vértigo. O aquella otra de Francis Bacon: accidente. Los pobres alcanzan el reino de los cielos. Trastancianción por la que las palabras y los gestos se convierten en eternidad.

¿Quién escucha al que grita desde la historia?, dice el Maestro de *Homenaje a los malditos*. Cada página de *Aquí yacen* convoca a esos muertos vivos que antes fueron vivos muertos. Vienen desde el más allá, que no deja de ser otro lugar en los márgenes de otro sitio. En esta *exhumación y reducción a restos literarios* el dramaturgo despliega todo su gusto por esas palabras que se nos pegan a la piel. Ese gusto por el lenguaje, material primigenio, palabra que dará vida a esos seres inanimados que esperaban desde siempre. Sus personajes son la última reducción de un caldo de humanidad más extenso, que abarca siglos y siglos, y en el que también estamos incluidos. Me releo y pienso en otro título: *Perdonen la tristeza*. Aunque todo este universo me ha hecho inmensamente feliz. Creer que sí, que hay un arte vivo, pero que está más allá de las volteretas y los movimientos compulsivos. Y, de nuevo, aparece una palabra religiosa: comunión. Y que el teatro existirá mientras se produzca esta y que por lo tanto existirá siempre, en una crisis eterna, porque todo lo que vale la pena está en crisis permanente, amenazado. Y de que sí, necesariamente tenemos que ser nosotros, ellos, los que reiremos los últimos.



## DÉTOUR, NÚMERO DIEZ 2019-2020

EUSEBIO CALONGE  
**PAYASOS, GENTES DEL TRAPECIO  
Y OTROS CIRQUEROS**

DETOUR.ES

detour.es | diarios.detour.es  
correo@detour.es | facebook/revistadetour  
instagram/revistadetour | twitter/tidetour

libreriaramonlull.com

Próximo club  
Apocalípticos y desintegrados



**literaturas**  
literatura en détour

literaturas.detour.es

Sábado, 14 de noviembre, 17:30  
Librería Ramon Lull  
Corona, 5 - Valencia

